



Introducción

La infertilidad en la pareja es una de las cruces más dolorosas, silenciosas y, a menudo, incomprendidas del mundo contemporáneo. Afecta no solo al cuerpo, sino también al alma, a la relación de pareja, a la fe y a la esperanza. En una sociedad donde la productividad y el resultado parecen definir el valor de las personas, el no poder concebir hijos puede sentirse como un fracaso, incluso dentro del matrimonio.

Sin embargo, desde la perspectiva católica, esta herida profunda tiene un sentido, una dignidad y un camino de redención que no puede ofrecer el mundo. Este artículo quiere ser un faro de luz, una guía pastoral y espiritual para todas aquellas parejas que, en medio de su sufrimiento, siguen buscando a Dios con el corazón abierto.

I. Infertilidad: más allá del diagnóstico médico

La infertilidad se define clínicamente como la imposibilidad de concebir tras un año de relaciones sexuales regulares sin protección. Se estima que afecta a entre el 10% y el 15% de las parejas en edad reproductiva. Pero más allá de las estadísticas, la infertilidad tiene un rostro humano, lágrimas reales y preguntas existenciales.

La Iglesia Católica, a diferencia de otras miradas meramente biológicas o pragmáticas, contempla a la persona como un ser integral: cuerpo, alma y espíritu. Por tanto, la infertilidad no se trata solo de un “problema físico”, sino de una experiencia vital que toca lo más profundo del ser humano.

II. Una mirada bíblica: Dios no se olvida del vientre estéril

La infertilidad aparece con frecuencia en la Sagrada Escritura, y no como un castigo, sino como un escenario donde Dios manifiesta su poder, su pedagogía y su ternura. Sarah, Rebeca, Raquel, Ana (madre de Samuel), y Elisabet (madre de Juan el Bautista) vivieron la amargura de la esterilidad... pero también el gozo del milagro.

“Ella, con gran amargura de alma, oró al Señor y lloró



| *abundantemente” (1 Samuel 1,10).*

La oración de Ana es la de muchas mujeres y hombres hoy. Dios no se escandaliza del dolor ni del deseo; más bien, los acoge y los transforma. Es significativo que muchas veces, en la Biblia, el vientre estéril es el lugar donde germina la vida prometida, no como resultado de técnicas humanas, sino como don gratuito de Dios.

Esto no significa que toda infertilidad terminará con un embarazo milagroso. Significa que Dios puede convertir una herida en una fuente de gracia, aunque no venga acompañada de un hijo biológico.

III. Teología del cuerpo y de la fecundidad

Según el magisterio de la Iglesia, especialmente desarrollado por San Juan Pablo II en su **teología del cuerpo**, el matrimonio está ordenado a la comunión y a la transmisión de la vida. Sin embargo, esto no significa que su valor dependa exclusivamente de la fecundidad biológica.

El Catecismo de la Iglesia Católica lo expresa con claridad:

| *“Si a pesar de los esfuerzos legítimos, la esterilidad se confirma, los esposos [...] pueden dar expresión a su generosidad adoptando niños abandonados o realizando servicios significativos en favor del prójimo” (CIC, §2379).*

La unión matrimonial sigue siendo plena, válida y santa, aun si no puede dar lugar a la generación biológica. La fecundidad, desde la perspectiva cristiana, no es solo tener hijos biológicos, sino **vivir el amor como don**, como entrega, como generosidad. Una pareja puede ser inmensamente fecunda en la adopción, en la misión, en el apostolado, en el servicio a los más vulnerables.



IV. La tentación del control: bioética y caminos éticos

Ante el dolor de la infertilidad, muchas parejas son tentadas por soluciones que parecen inmediatas, como la fecundación in vitro, la gestación subrogada, o la manipulación genética. La Iglesia, con profunda compasión pero también con firmeza, enseña que **el fin no justifica los medios**.

En la instrucción “**Donum Vitae**” (1987), y posteriormente en “**Dignitas Personae**” (2008), el Magisterio deja claro que el deseo de tener un hijo no puede sustituir el respeto debido al niño como persona desde su concepción.

La vida no es un derecho a exigir, sino un don a acoger.

El hijo no puede ser producto de un laboratorio ni fruto de una técnica que rompe la unidad del acto conyugal. La Iglesia no dice “no” por crueldad, sino porque **defiende la dignidad del amor humano, del cuerpo, del matrimonio y del hijo**.

Existen, sin embargo, caminos éticos compatibles con la dignidad humana, como la **Naprotecnología**, que busca tratar las causas médicas de la infertilidad sin recurrir a medios moralmente inaceptables.

V. Camino espiritual: una cruz que santifica

Aceptar la infertilidad como una parte de la vocación matrimonial no significa resignarse pasivamente, sino **transformar el sufrimiento en ofrenda y esperanza**.

a) Orar en pareja

La infertilidad puede desgastar la relación, generar silencios, culpas y distancia. Pero también puede convertirse en un camino de unidad si se vive en oración, en diálogo sincero y en apertura a Dios. La oración une lo que el dolor tiende a separar.



b) Buscar acompañamiento espiritual

Contar con un guía espiritual —un sacerdote, una religiosa o un matrimonio experimentado en la fe— puede ser clave para no caer en el aislamiento, la desesperanza o las decisiones apresuradas.

c) Redefinir la fecundidad

La pregunta no debe ser solo “¿por qué no tenemos hijos?”, sino también: “¿cómo podemos ser fecundos hoy?”. Esto puede abrir caminos insospechados de servicio, de apostolado, de acogida, incluso de adopción o acogimiento familiar.

d) Aceptar el misterio

No todo dolor tiene una explicación inmediata. A veces, el misterio de la cruz es simplemente eso: un misterio. Pero con Cristo, toda cruz puede ser redentora. Como decía San Juan de la Cruz: “*El alma que anda en amor, ni cansa ni se cansa*”.

VI. Una guía práctica para vivir la infertilidad desde la fe

1. Discernimiento y diagnóstico ético

- Acudir a médicos que respeten la ética cristiana.
- Explorar causas subyacentes mediante métodos naturales (como el método Creighton).

2. Fortalecimiento de la vida conyugal

- Renovar el amor, sin reducirlo al proyecto de tener hijos.
- Realizar retiros matrimoniales, tiempos de descanso y comunicación sincera.

3. Formación teológica

- Estudiar documentos como *Donum Vitae*, *Dignitas Personae* y el *Catecismo de la Iglesia Católica* §§2373-2379.
- Leer testimonios de parejas que han vivido la infertilidad con fe.



4. Apostolado del dolor ofrecido

- Unir el sufrimiento a Cristo crucificado por la conversión de las almas.
- Ofrecer la cruz por otras parejas, por los hijos de otros, por los niños abandonados.

5. Apertura a la adopción y a la acogida

- Considerar seriamente la adopción como una forma sublime de amor.
- Prepararse espiritualmente para recibir a un hijo con historia y herida.

VII. Una comunidad que acompaña

Es urgente que la Iglesia, a nivel pastoral, no olvide a las parejas que no pueden tener hijos. No deben sentirse como “menos familias”, sino como miembros plenos del Cuerpo de Cristo. Los grupos parroquiales, movimientos y comunidades deben abrir espacios específicos para la escucha, la formación y el acompañamiento.

Conclusión: Dios no se equivoca con tu historia

La infertilidad no es una maldición. Es una vocación dentro de la vocación, un llamado a amar de otra manera. No estás solo, no estás sola. En tu historia, Dios también escribe capítulos de redención.

“Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en las vides... con todo, yo me alegraré en el Señor, y me gozaré en el Dios de mi salvación” (Habacuc 3,17-18).

Que esta esperanza sea tu ancla. Que esta cruz, unida a Cristo, sea semilla de una fecundidad eterna.